

cual se hizo hombre semejante á nosotros; sabemos que este Hijo es nuestro Señor Jesucristo, que las palabras que él nos ha dicho, que las leyes, que él nos ha dado, las promesas y las amenazas que nos ha hecho, son las palabras de Dios su Padre; creemos que él salió de Dios y que es su Padre el que lo ha enviado. ¡Ah! fortifiquémonos una vez en esta fe, renovemos sus actos, y si ella fuese viva en nosotros, en virtud de ella triunfaremos de todo. Pero si con esta fe nos dejamos aun vencer del demonio, del mundo y de la carne, nuestra fe será una fe muerta, y será para nosotros un título de condenación, y no de recomendación para con Dios.

PUNTO II.

EL MUNDO EXCLUIDO DE LA ORACION DE JESUCRISTO, Y EN QUÉ SENTIDO.

“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por aquellos que me has dado, porque son tuyos...”

Primero. *Aquí hay un sentido erróneo que es necesario evitar.* Concluir de este texto ó de otro semejante, que Jesucristo no rogó ni ofreció el precio de su muerte sino por los escogidos, es una herejía formalmente condenada por la Iglesia; por esto no nos turbemos por semejantes expresiones, por mas que no las entendamos. No demos crédito á las interpretaciones que podría darnos alguno, cuando estas interpretaciones pudiesen conturbarnos y quitarnos la confianza que debemos tener en Dios ó disminuirla. El Salvador, que aquí no ruego por el mundo, no nos ha dicho en otra parte, que él no había venido para jugar al mundo, sino para salvarlo; no es él, según san Juan, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el verdadero Salvador del mundo; El mismo san Juan no nos dice que Jesucristo es la propiciación, no solo por nuestros pecados, sino tambien por los pecados de todo el mundo; san Pablo no escribe que Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad; Tengamos, pues, bien lejos de nosotros estos hombres temerarios, estos escritores peligrosos, que engañados de humanos sistemas y deseados de fomentar con la novedad su vanidad, pretenden poner límites á las misericordias de Dios y penetrar la profundidad de sus caminos. En cuanto á nosotros, reposemos tranquilos en el seno de la Iglesia nuestra madre, que no puede engañarnos y que de parte de su Esposo

1 S. Juan, epíst. I, c. II, v. 2.

2 A. Tim., c. II, v. 2.

3 S. Juan, c. III, v. 17; c. XII, v. 47.

4 S. Juan, c. I, v. 22; c. IV, v. 42.

no nos da solo palabras de paz, de consolación y de confianza, si nosotros caminamos con fidelidad, ó si habiéndonos descaído, volvemos á entrar con amor y con generosidad en los caminos de la justicia.

Segundo. *Aquí hay un sentido católico á que es necesario atenerse.* Sin examinar todas las respuestas de los teólogos católicos, de los cuales algunos difícilmente admiran nuestro sentir, nos contentaremos con dos. La primera es que en una oración hecha en presencia de solos los apóstoles y por ellos, no es cosa extraña que el Salvador por ganar su atención y mostrarles tambien su benevolencia, declare que en aquel momento no ruego por el mundo, sino por ellos solos; de donde ciertamente no se sigue que en otros tiempos no haya rogado por el mundo. Dentro de poco lo oiremos nosotros rogar por todos los fieles, y poco después lo veremos sobre la cruz rogar por todos aquellos que han tenido parte en su muerte.¹ La segunda es que el Salvador no ha rogado por el mundo en cuanto es mundo, esto es, por autorizarlo, por tranquilizarlo en sus desórdenes y para excularle el justo castigo si en ellos persevera hasta el fin; pero ha rogado por el mundo para que cese de ser mundo, esto es, de ser corrompido y enemigo de Dios. Ha rogado por todos los hombres que están en el mundo, para que cesen de estar en él, por todos los pecadores que siguen el mundo para que cesen de seguirlos. Si no obstante sus llamamientos y las gracias que les habrá obtenido por medio de sus oraciones y con el sacrificio de su vida, persisten hasta la muerte viviendo según las leyes y las pasiones del mundo, no tienen que esperar otra cosa de él, que un castigo tanto mas severo, cuanto mas habrán abusado de las gracias, de las luces y de los beneficios. Estas palabras confirman el anatema ya fulminado² por el Salvador contra el mundo, y deben empeñarnos eficazmente á renunciar de este mundo perverso y proscrito, como lo hemos prometido en nuestro bautismo.

PUNTO III.

DE LOS ÚLTIMOS TÍTULOS DE RECOMENDACION QUE JESUCRISTO PRESENTA AL PADRE EN FAVOR DE LOS APÓSTOLES.

Primero. Primer título: *La gloria que los apóstoles le han procurado.* “Y todas mis cosas con tuyas, y las tuyas mías, y en ellas he sido glorificado...” El Salvador llama continuamente á la memoria de sus apóstoles la idea de su perfecta igualdad con su Padre. Fuera de

1 Juan, c. XVII, v. 20.—San Luc., c. XXIII, v. 34.

2 Mat., c. XVIII, v. 7.

MEDITACION CCXCIX.

DEL SERMON DE LA CENA.

San Juan, c. XVII, v. 11, 19.

CONTINUACION DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUÉS DE LA CENA.

JESÚS RUEGA POR SUS APÓSTOLES.

Jesús ruega á Dios su Padre: primero, que los conserve en la union; segundo, que los preserve del mal en medio del mundo; tercero, que los santifique en la verdad.

PUNTO I.

JESÚS RUEGA A SU PADRE QUE CONSERVE SUS APÓSTOLES EN LA UNION.

Primero. *Meditemos la excelencia y la extensión de esta petición.* “Padre Santo, guarda en tu nombre los que me has entregado, para que sean una sola cosa así como nosotros...” La union entre los apóstoles y entre todos los miembros de la Iglesia, es la primera petición que Jesucristo hace á su Padre. Esta union comprende la de los espíritus por medio de la fe, la union de los corazones por medio de la caridad, y la union en el culto externo por medio de las reglas de una misma disciplina. Esta union debe hacer de todos los fieles un solo corazón, una alma sola y un solo cuerpo de que Jesucristo es la cabeza. Todo debe reducirse á la unidad. Todos juntos debemos hacer una cosa misma. Esta unidad tiene por modelo y debe en cuanto es posible representar la unidad de Dios en tres personas, en una misma sustancia y en una misma naturaleza; tienen igualmente la misma sabiduría, la misma potencia, y por consiguiente las mismas afecciones, las mismas operaciones. El primer objeto de la petición de Jesucristo, es que la union de sus apóstoles y de los miembros de su Iglesia, represente en cuanto es posible esta unidad de Dios. ¡Oh y cuán grande es por solo este respecto la religion cristiana! ¡Cuán sublime! Esta unidad se rompe, se desecha, se abandona por la herejía, por el cisma y por el pecado. ¡Qué desventura, pues, para los que caen en ellos!

Segundo. *Meditemos el motivo de esta petición:* es tambien la ausencia de Jesucristo... Cuando yo estaba con ellos (en el mundo) los guardaba en tu nombre. He conservado aquellos que me entregaste, y ninguno de ellos ha perecido, excepto aquel hijo de perdition, para que se cumpliese la Escritura... Jesucristo recuerda con estas palabras á sus apóstoles los tiernos cui-

que esta idea era muy necesaria en las presentes coyunturas y para los futuros acontecimientos, era tambien de una grande consolación para los apóstoles mismos, y lo debe ser para nosotros. De hecho, ¿qué cosa podemos pensar mas dulce, que siendo él nuestro Salvador, somos de su Padre, y que siendo de su Padre somos suyos, que pertenecemos á la Santísima Trinidad nuestro Dios, y á cada una de las tres personas por títulos particulares, que al mismo tiempo les son comunes: ¿y cómo ha sido el Salvador glorificado en los apóstoles? Sin duda por su fe, por su obediencia, por su celo, por su inocencia, por su desinterés, por su exactitud en el cumplimiento de sus preceptos y por la edificación de toda su conducta. Con que es ciertamente verdad que Jesucristo es glorificado en nosotros cuando practicamos estas virtudes. ¡Ay de mí! ¿es posible que yo sea tan negligente en su servicio? ¿el pensamiento de la gloria de Jesucristo no debería llenarme de ardor por él, pues no solo quiere que yo le sirva, sino que él mismo, que es igual á su Padre, se gloria tambien de tenerme por siervo cuando fielmente lo sirvo?

Segundo. Segundo título. *Su ausencia de este mundo mientras que quedan en él sus apóstoles.* “Y yo ya no estoy en el mundo, y yo voy á ti...” Esto es, me veo tan próximo á dejar este mundo, que ya estoy reputado como si no estuviese en él; pero estos discípulos que vos me habeis dado, han de quedar en medio del mundo, y mientras que vos me llamais á vos, conviene que yo los deje entre sus enemigos. Ya no estaré mas con ellos sensiblemente para animarlos y para guiarlos. ¿Quién podrá expresar toda la ternura que se contiene en estas palabras?

PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Ah Señor! este es tambien el tiempo en que ya no estais en el mundo y en que yo particularmente, vuestro siervo y vuestro hijo, estoy en él, y estoy en un mundo acaso mas perverso, mas peligroso, mas corrompido de lo que jamás lo ha sido. Yo no os he visto jamás en este mundo, pero vos me veis á mí en él; yo creo en vos, soy uno de los herederos de la fe de vuestros apóstoles: haced, pues, que participe tambien de la oración que vos habeis hecho por ellos, y que al salir de este mundo vaya con ellos á daros las gracias y á bendeciros por toda la eternidad. Amen.



dados que ha tomado por ellos con instruirlos, con reprimirlos, con sofocar las semillas de división y con preservarlos de cualquier otro mal. Ahora, pues, lo que él ha hecho es una prenda segura de que por su oración lo hará también su Padre, pues que él lo ha hecho siempre en nombre de su Padre. . . . Previene también aquí una dificultad, esto es, la caída de Judas. Judas, dado como los otros á Jesucristo por su Padre, Judas guardado por Jesucristo como los otros, Judas ha roto con todo esto la unión, se ha separado de los apóstoles para unirse á los malos. Esta caída no debe hacer circunspectos, pero no debe desesperarnos. Judas no se ha perdido porque fuese predicha porque Dios, á quien lo porvenir está presente, veía que Judas abusando de su libertad, cedería á su pasión y resistiría á todas las gracias que podían alejarlo de ella. La predicción fué hecha para impedir el escándalo de esta caída, y también para que sirviese de gloria á Jesucristo, siendo ella el cumplimiento de una profecía.

Tercero. *Meditemos la razón porque el Salvador hace esta petición y toda esta oración en alta voz.* "Ahora, pues, voy á tí: y digo tales cosas estando en el mundo, para que tengan cumplido mi gozo en sí mismos. . . ." ¡Oh Jesús! ¡oh! es vuestra bondad! Vos os acercáis al momento de nuestro suplicio, y con todo eso no hablais á vuestros discípulos sino de gozo. ¿Cuál es, pues, este gozo de que queréis que ellos tengan en sí la plenitud? No es ciertamente el gozo del mundo; este, bien lejos de llenar el corazón, lo deja vacío y lleno de horrores: él es todo externo, está solo en la superficie y se muestra solo por de fuera; no penetra, pues, el corazón y no lo poseemos en nosotros. Vos hablais, sí, de vuestro gozo, gozo celestial, gozo divino, gozo inefable que el mundo no conoce. De él estuvieron llenos vuestros apóstoles, y á vuestro ejemplo lo han gustado hasta en los oprobios y en los suplicios. Vuestros mártires lo han gustado en los tormentos y en la muerte, vuestras vírgenes en el retiro y en la pureza, vuestros confesores en los trabajos y en las penas, y vuestros penitentes en los ayunos y en las austeridades. ¡Ah! si nosotros quisiésemos, y job cuán insensatos somos en no quererlo! si quisiésemos, también nosotros lo gustáramos en la oración, en la mortificación, en el silencio, en el recogimiento, y ni aun la muerte nos quitaría este gozo de Jesús.

PUNTO II.

JESÚS RUEGA Á DIOS SU PADRE QUE PRESERVE SUS APÓSTOLES DEL MAL EN MEDIO DEL MUNDO.

Primero. *El ser aborrecido del mundo es una utilidad propia para procurarnos el efecto de esta petición de Jesucristo.* "Yo les dí tu palabra, y el mundo los ha aborrecido porque no son del mundo; así como yo no soy del mundo. . . ." El odio del mundo judaico y del mundo pagano contra los apóstoles y los primeros cristianos, llegó á los excesos y causan horror á la naturaleza. El odio del mundo herético, reservado para los cristianos posteriores, no ha sido menos furioso. Otro mundo hay también en medio del cristianismo católico. El odio de este mundo cristiano, si así podemos llamarlo, no es por cierto tan violento, y si no que se halle animado de algun pestilente soplo de la herejía, ordinariamente se contiene en palabras, en discursos, en desprecios ó en ciertos golpes arrojados en secreto. En cualquier manera que él se manifieste, siempre es una grande utilidad tener parte en él, y un grande preservativo contra el contagio del mundo. Estimamos, pues, por felices aquellos contra quienes mas se desenfrena este odio; consolémonos nosotros también si participamos de él en algun modo; pero guardémoslo bien de adoptar en este punto los sentimientos del mundo, y de ser del número de los que aborrecen á los discípulos de Jesucristo.

Segundo. *De la importancia de esta petición.* "No pido que tú los quites del mundo, sino que los guardes del mal. . . ." En cualquier lugar que nosotros vivamos estamos en el mundo, y bien que menos expuestos en la soledad y en el retiro, el mundo no deja de penetrar en los sagrados asilos y de soplar en ellos el contagio. El mal de los unos es el persuadirse fácilmente que están fuera del mundo, y el mal de los otros es el creerse en el mundo mismo fuera de peligro. La petición que el Salvador hace aquí para sus apóstoles debe desengañarnos, principalmente si consideramos que esta es aquella misma petición que él nos ha mandado hacer por nosotros mismos y que es la conclusión de la fórmula de orar que él nos ha dejado para que la recoemos cada día. De hecho, el mal que hay en el mundo es de tantas especies, se presenta en tantas maneras, se halla en tantos lugares y se insinúa de tantos modos y ha engañado tantas personas en todos tiempos, que el que no teme y ora sin intermisión para ser librado del mal, es un ciego que no conoce al mundo. Por otra parte, el espíritu maligno que viene expresado frecuentemente con esta misma palabra, Satanás, el príncipe de este mundo, por todas partes ha sembrado con una malicia infinita innumerables ase-

chanzas que sin una gracia especial de Dios es imposible evitarlas. Unámonos, pues, todos los días y muchas veces al día á la oración de Jesucristo. Pidamos á Dios que nos libre del mal. Reconozcamos con dolor cuántas veces hemos caído en el mal por falta de precaución y de oración. Por otro lado, consideremos llenos de reconocimiento cuántas veces el Señor por su misericordia nos ha preservado del mal en que tantos otros han caído, y en el que sin él habiéramos ciertamente caído.

Tercero. *Una de las disposiciones necesarias para recibir el efecto de esta disposición, es no ser del mundo.* "Ellos no son del mundo así como yo no soy del mundo. . . ." ¿Por qué, pues, el Salvador repite aquí estas palabras? Sin duda para probarnos la necesidad indispensable en que estamos de no ser del mundo si queremos ser preservados del mal que reina en el mundo. . . . Aquí se pueden distinguir dos suertes del mundo: el mundo interno y el mundo externo. La huida del primero es absoluta é igualmente mandada á todos. La huida del segundo debe variar segun la diversidad de los estados. Por el mundo interno debemos entender las ideas, los pensamientos, las máximas, las inclinaciones, las pasiones, los intereses, los apegos y los afectos del mundo. Por el mundo externo debemos entender los discursos, las costumbres, las asambleas, los juegos, los convites, las pompas, todos los usos del mundo. El Salvador se da á sí mismo aquí por modelo de la manera con que debemos huir el uno y el otro mundo. Por lo que mira al mundo interno, él lo ha condenado y lo ha contradicho en todo. Y en orden al mundo externo, se ha conformado en parte en las cosas necesarias é indiferentes; del resto él ha condenado sus abusos, sus escándalos. Examinémos, pues, sobre este divino modelo en qué cosas somos aun nosotros del mundo, y reflexionemos que este es el modelo sobre que seremos juzgados, y que nuestra obligación, segun la decencia y los deberes de nuestro estado, es de ser tanto del mundo cuanto lo fué Jesucristo, y nada mas.

PUNTO III.

JESÚS ORA Á SU PADRE PARA QUE SANTIFIQUE SUS APÓSTOLES EN LA VERDAD.

"Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad." Primero. *De la esencia de esta santificación.* Tres cosas se oponen á esta santificación en la verdad. La mentira de la herejía ó de la herejía, el error de una falsa conciencia y la disimulación de la hipocresía. En vano el mundo y la impiedad se glorían de la rectitud y de la bondad, en vano la herejía nos presenta su exterior de fervor y de santidad. La santidad

que Dios aprueba debe tener por fundamento la religión y la fe. No conoce la palabra de Dios el que no recibe de la Iglesia su verdadera explicación. Fuera de la Iglesia no puede haber sino una vana santidad; en la Iglesia solamente existe la santificación en la verdad. En vano también se lisonjean algunos de llevar una vida santa y regular, si dejan su conciencia embrollada sobre ciertos puntos dudosos que no quieren aclarar, y se dejan en el corazón ciertas impresiones, ciertas malas raíces que se aman y no se quieren arrancar. Consultemos el Evangelio, y esta palabra de verdad abrirá nuestros ojos, y nos hará conocer que nuestra pretendida santidad no lo es en la realidad. Quiere muchas personas profesar una santidad externa, laudable y edificativa; pero si aquellas apariencias, aquel aspecto, aquel hábito, aquella frecuencia á la Iglesia y á los sacramentos, no es sino una máscara que cubre un interior desarreglado, esta no es una santidad en la verdad, es una hipocresía que la verdad de la palabra de Dios ha condenado y cuya torpeza revelará un día á los ojos del universo. Pidamos, pues, á Dios, por la oración de Jesucristo, nuestra santificación en la verdad, en la verdad de la santa Iglesia, en la verdad de una conciencia atenta y timorata, y en la verdad de un corazón recto y sincero en su presencia y sin algun motivo humano.

Segundo. *De la necesidad de esta santificación.* "Así como tú me has enviado al mundo, así los he enviado al mundo. . . ." No solo es necesaria para nosotros esta verdadera santidad, sino también es necesaria en nosotros para los otros. Bien se comprende cuán necesaria era ella para los apóstoles y cuán necesaria es también para sus sucesores en el apostolado y para los que en alguna manera están empleados en el santo ministerio. Pero para hacer reflexion comun á todos, ¿quién hay entre nosotros que no tenga alguna parte en esta divina misión? Si tuviésemos todos, cada uno en su estado, esta verdadera santidad, ¿qué cambioamiento no se vería bien presto en toda la Iglesia! ¿los hijos serían santificados por sus padres, los discípulos por los que instruyen, los criados por sus señores, los parientes por los parientes, los amigos por sus amigos, los vecinos, los ciudadanos, por sus vecinos y por sus concinudadanos. Apliquemos, pues, esto á nosotros mismos, y reflexionemos qué gran bien habríamos hecho en nuestro estado si en la verdad hubiésemos trabajado para santificarnos. Ea, pues, comencemos; pidamos á Dios esta santidad tan necesaria para nosotros y en nosotros para los otros.

Tercero. *Del origen meritorio de esta santificación.* "Y por ellos yo me santifico á mí mismo para que ellos sean también santificados en la verdad. . . ." El Salvador usando aquí el mismo término de que ya se habia servido, le da un significado mas especial. Anuncia á sus apóstoles

en términos paliados la muerte que ha de padecer por ellos, y la que un día padecerán ellos mismos por la defensa de la verdad. Démosle gracias á nuestro Salvador por haberse santificado de esta manera; esto es, santificado por nosotros, y por haber dado á los apóstoles la fuerza de santificarse también en testimonio de la verdad, y para enviar hasta nosotros la luz de la fe. ¡Felices tantos mártires que han seguido tan gloriosas pisadas! Si nosotros no podemos como ellos sacrificar nuestra vida por la fe, á lo menos estemos dispuestos para hacerlo, si Dios nos pusiese en la ocasión. Sacrifiquémonos, á lo menos, por medio de la penitencia y de la mortificación de nuestras pasiones. Cuando asistamos á la santa misa, pensemos que aquel es el tiempo en que el Salvador dice... "Por ellos yo me santifico á mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad."

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh amor de Jesús! ¡con qué sacrificio de mí mismo podré yo reconocer bastantemente el vuestro por mí? Santos apóstoles, santos mártires, que habéis muerto por la fe de Jesucristo, obtenedme la gracia de vivir y morir en esta fe, con la esperanza y con el amor que la deben acompañar. Amen.

MEDITACION CCC.

FIN DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVII, v. 20, 26.

CONTINUACION Y FIN DE LA ORACION DE JESUCRISTO DESPUES DE LA CENA.

JESÚS RUEGA POR TODOS LOS FIELES.

Primero. Quién son aquellos que están comprendidos en esta última parte de la oración de Jesucristo. Segundo, de la petición que hace el Salvador por los fieles en esta vida; la unión, ó sea la unidad. Tercero, de la petición que hace el Salvador en la otra vida; la bienaventuranza eterna.

PUNTO I.

QUIÉN SON AQUELLOS QUE ESTÁN COMPRENDIDOS EN ESTA ÚLTIMA PARTE DE LA ORACION DE JESUCRISTO.

"Mas no ruego solamente por estos (por mis apóstoles), sino también por aquellos que han de creer en mí por su palabra..."

Primero. *Esta última parte de la oración de Jesucristo no mira solos los escogidos.* Ya hemos explicado arriba en qué sentido una tal proposición es herética. Por otra parte, aquí no hay algun término que indique solos los escogidos, pues antes el Salvador nombra en general aquellos que creerán, y entre los que creerán habrá seguramente muchos que no perseverarán, ó sea en la fe ó sea en la caridad hasta el fin, y que por consiguiente no serán del número de los escogidos.... ¡No nos dejemos, pues, atemorizar; pensemos solamente en aprovecharnos de las instrucciones contenidas en esta oración, y en merecer por la eficacia de ella los grandes bienes que nos anuncia.

Segundo. *Esta última parte de la oración de Jesucristo no mira aquellos que aun que creen, no creen por la palabra de los apóstoles.* Esto es, que creen fuera de la Iglesia establecida por los apóstoles y continuada sobre el plan y en la forma que los apóstoles le han dado. Creer en esta Iglesia es credulidad necia, pues á decir la verdad, en todas las sectas en toda religión, en la irreligión misma, y hasta en el mas formal escepticismo, se cree: se creen cosas que no se ven ni se comprenden; con esta diferencia, que en la Iglesia se creen solo misterios llenos de majestad, dignos de Dios, de su grandeza, de su justicia y de su amor; misterios, á la verdad, superiores á la razón, pero no contra la razón; misterios que elevan la razón, que regulan al hombre lo perfeccionan y lo conducen al fin para que ha sido criado. Y estos misterios se creen sobre la autoridad de Dios, manifestada con evidencia en Jesucristo, en los apóstoles y en la Iglesia. Pero fuera de la Iglesia, en los puntos contrarios á la doctrina de la Iglesia, se creen solo misterios llenos de bajezas, de indignidad, de injusticias, de absurdos y de contradicciones; misterios que degradan al hombre, lo envilecen, lo desesperan, lo pervierten. ¡Y sobre qué autoridad se creen estos dogmas perversos? ¡No se conocen por ventura la vida y las costumbres de los que son sus autores y de los que se hacen sus promulgadores? Jesucristo de ningún modo ruega por los que así creen; ruega solo para que abran los ojos, se conviertan y creen con nosotros por la palabra de los apóstoles.

Tercero. *Esta última parte de la oración de Jesucristo mira los fieles católicos de todos los siglos, que hacen profesión de la fe anunciada por la predicación y por la enseñanza de sus apóstoles, dada por ellos á sus sucesores, y que se continuará como de mano en mano y de boca en boca hasta el fin del mundo.* Esto es lo que nosotros llamamos la fe de la Iglesia católica, apostólica romana que sube, hasta á los apóstoles, hasta Jesucristo, hasta Dios. ¡Qué fortuna estar en la fe de esta Iglesia! Es, pues, por mí la

1 Vers. 9. Meditación COXCVIII.

oración que hacéis, ¡oh divino Jesús! porque yo haga profesión abierta y sincera de estar en todo sujeto y sumiso á la fe de esta santa Iglesia; apruebo todo lo que ella aprueba y condeno sin reserva y francamente todo lo que ella condena.... Haced que yo esté atento á la oración que enderezais al Padre por mí, que en ella conozca mi provecho, que en ella aprenda mis obligaciones, y que con mis infidelidades no impida su delicioso efecto.

PUNTO II.

DE LA PETICION QUE EL SALVADOR HACE POR LOS FIELES EN ESTA VIDA; LA UNION, Ó SEA LA UNIDAD.

La petición que el Salvador hace aquí por nosotros, es la misma que ha hecho poco antes por sus apóstoles. Antes aquí le da mayor fuerza y extension, lo que de nuestra parte exige mayor atención.

Primero. *La naturaleza de esta union.* Ella debe ser primero universal, y debe incluir todos los fieles.... "Que sean todos una sola cosa..." El fiel que quisiese excluir de esta union uno solo de sus hermanos, sería el mismo por esto excludido y sería él mismo un infiel. Dilatemos nuestros corazones, pensando que nosotros con todos los fieles que viven sobre la tierra, con todos los fieles y todos los santos que nos han precedido y que nos seguirán, somos una misma cosa sola. ¡Oh amable sociedad, lo serás también aun, cuando purgada de aquellos que la oscurecen, serás en presencia del universo manifestada vista y conocida! Segundo. Esta union debe ser santa y divina.... "Como tú estás en mí, ¡oh Padre! y yo en tí, que sean también ellos también una misma cosa en nosotros..." La herejía, la impiedad, la cábala, forman también una especie de union, pero union que de ningún modo es Dios, que no es segun el modelo de la unidad, de la santidad y de la caridad de Dios; union diabólica, sociedad de orgullo, de odio, de delito, de injusticia, de maledicencia, de calumnia y frecuentemente de disolucion y de infamia. Tercero. Esta union debe ser edificativa y honrosa á Dios y á Jesucristo.... "Y que conozca el mundo que tú me has enviado..." Al principio de la Iglesia, cuando estaba mas reconcentrada y rodeada de infieles, la union que reinaba entre los cristianos fué un espectáculo que llenó de admiracion el mundo, y no contribuyó poco para la propagacion de la fe. Hoy que la Iglesia esta infinitamente mas dilatada, esta union de caridad no puede ser tan sensible y perceptible. Pero el que considera con alguna atencion esta union de fe que renne tantas naciones diferentes en la creencia de las mis-

mas verdades, bajo la obediencia de un mismo sumo pontífice, y la perpetuidad de esta union, ya por tantos siglos, y sus mismos principios, no puede dejar de conocer que una tal unidad no puede venir sino de Dios, y que Jesucristo, que es su autor, no puede ser sino el Hijo de Dios, enviado y dado á los hombres por su Padre. Ninguna otra union sobre la tierra nos presenta este carácter de prodigio y divinidad.

Segundo. *El medio, ó sea el vínculo de esta union por medio del bautismo y de la Eucaristía.* "Y les he dado la gloria que tú me diste para que sean una misma cosa, como nosotros somos una cosa sola.... El mediador que Dios nos ha enviado para unirnos á él, es su Hijo; es su Verbo hecho carne, hecho hombre como nosotros; es nuestro Señor Jesucristo, hecho Dios y verdadero hombre.... Admiramos la caridad inmensa de nuestro divino mediador, y del Padre que nos lo ha dado. Su gloria es ser Hijo de Dios en unidad de esencia y de naturaleza, su gloria es que su humanidad está unida á la divinidad en unidad de persona, lo que hace que en el hombre es Dios y Dios es hombre. Ahora, esta es la gloria que él nos ha comunicado y que hace que nosotros seamos una misma cosa con Dios como él mismo; como el mismo, no con una entera igualdad, porque esto no puede convenir á la criatura, sino por una imitación tan grande y tan perfecta, que excede toda inteligencia criada y debe arrebatarnos de admiracion y de amor. El es Hijo de Dios por naturaleza, y nosotros somos en él hijos de Dios por adopcion, con sus mismos derechos, llamados como él á la misma herencia. Y tal es la gracia que recibimos en el bautismo.... Su carne está unida á la divinidad en unidad de persona, y nos da esta divina carne á comer para nutrirnos con ella é incorporarnos, y con su carne nos da su humanidad, su divinidad, su persona, Dios todo entero; porque todo esto es una cosa sola é inseparable; tal es la gracia de la Eucaristía.... ¡Oh y qué misterios bajo tan débiles símbolos! ¡Cuál es, pues, nuestra real grandeza en este cuerpo frágil y en esta miserable vida! ¿Qué hacemos nosotros cuando comulgamos? ¿qué cosa se obra en nosotros? ¿quién puede comprenderla? ¡Ah! somos verdaderamente felices, siendo nuestra felicidad tan grande, que no se puede comprender. Y no me admiro al ver ciertas personas después de la comunión, quedarse inmóviles y como abortas en Dios. Gustan ellas el fruto de los divinos misterios que han recibido. ¡Y yo! ¡yo me hallo tan poco penetrado, tan poco recogido! ¡Ay de mí! ¿no sería penetrado como ellos si tuviese su fe?"

Tercero. *La perfeccion y la causa de esta union.* "Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad y que conozca el mundo que tú me has enviado y que los has amado á ellos como me has amado á mí...." Estas

palabras, consumadas en la unidad, son tan grandes, tan magníficas, que en vez de amplificarlas, es necesario prevenir un error en que algunos han caído, sosteniendo que en los santos la naturaleza humana formalmente estaba mudada en la naturaleza divina; proposición condenada por la Iglesia. Lo que nosotros debemos creer es, que nuestra unión con Dios es tal, que no se le puede poner límites ni explicar su manera. La causa, el principio, el agente, si así puedo explicarme, es el amor de Dios para con nosotros. Dios nos ha amado á nosotros como ha amado á su Hijo; nos ha amado en su Hijo y por su Hijo, ha amado con el mismo amor con que ama á su Hijo, así como nosotros debemos con el mismo amor amar á Dios, amar á su Hijo, amarnos los unos á los otros en Jesucristo y por Dios, para que todo sea consumado en la unidad de Dios. ¡Ah! si pudiese el mundo conocer estas maravillas del amor divino y renunciar á cuanto le impide el participar de él! Verá él un día la gloria y la unión de los hijos de Dios! Y ¡oh cuán será su desesperación al verse excluido de aquel número por su culpa y para siempre!

PUNTO III.

DE LA PETICION QUE HACE EL SALVADOR PARA LOS FIELES EN LA OTRA VIDA: DE LA BIENAVENTURANZA ETERNA.

Primero. *En qué consiste esta bienaventuranza.* "Padre, quiero que los que me diste (los que habrán creído en mí y que habrán perseverado hasta el fin) estén conmigo, donde estoy yo, para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado antes de la formación del mundo." La gloria de Jesucristo ya no la conoceremos por medio de la fe, ya no pensaremos en ella con un espíritu distraído y disipado, no ya en un cuerpo mortal, en este lugar de destierro y de miseria, sino en el cielo mismo, allá donde está Jesucristo mismo en el seno de Dios, en aquel océano de delicias, en la morada de la inmortalidad. Allí estaremos nosotros con Jesucristo, veremos aquella gloria divina y humana que Dios ha dado á su Hijo. Nosotros la veremos, la gozaremos, la poseeremos y seremos también revestidos de ella. Veremos el origen de aquella gloria en el amor eterno é infinito de Dios, por su Hijo, y por nosotros en su Hijo. ¡Oh suerte bien digna de envidia! ¿Qué no debemos hacer y sacrificar por obtenerla?

Segundo. *Del conocimiento de Dios, necesario para llegar á esta bienaventuranza eterna.* Primero. Este conocimiento no se puede tener en el mundo. "Padre justo, el mundo no te ha

conocido, pero yo te he conocido; y estos han conocido que tú me has enviado." El Salvador se coloca aquí entre los mandados y los fieles para hacernos comprender su diferencia, para mostrarnos la justicia de Dios, el delito del mundo y la fidelidad de los cristianos. El es como aquella columna de fuego puesta por Dios entre los egipcios y los israelitas.¹ Esta para los primeros era tinieblas y sobre los otros extendía una dulce luz que iluminaba todos sus paisajes. El mundo no conoce á Dios. ¡Desgraciado! ¿qué conoce él pues? Conoce la carne para comer en ella excesos que la deshonran, la destruyen; la tierra para apegarse á ella, hasta que la muerte se la arrebatase y aun antes de la muerte, mil manos avarientas le disputan su posesión; el mar para trasportar y hacer venir las riquezas que muchas veces se traga el mismo. ¿Qué conocen los sabios del mundo? La naturaleza en que buscan descubrir secretos que se les huyen y que no los harían ciertamente mejores, el cielo, este cielo inferior y sensible para observar los fenómenos y calcular en ellos sus movimientos; pero aquel cielo supremo, aquella habitación de la gloria que nos está destinada, no es objeto de este pensamiento; Dios, su primer principio y su último fin, no lo conoce él, luce de él el pensamiento, y si piensa en él, ofusca su idea, lo sujeta á sus caprichos y lo adapta á los intereses de sus pasiones. Segundo. Este conocimiento es perfecto en Jesucristo. El Verbo encarnado ha hablado al mundo y el mundo no lo ha escuchado; su Evangelio está entre las manos del mundo, pero ni es leído ni meditado. Y ciertamente solo de Jesucristo podemos aprender á conocer á Dios; él solo lo conoce perfectamente, siendo la imagen de su sustancia y el esplendor de su gloria.² El solo ha podido anunciar con certeza los caminos de Dios, lo que él pide de nosotros y lo que debemos esperar de él. El solo ha podido intimarnos con claridad la ley de Dios, sus amenazas y sus recompensas, hacernos conocer su bondad, su providencia, sus misericordias, sus juicios y sus venganzas. Justamente, pues, deja Dios al mundo en su ignorancia, en su ceguera, ya que el mundo no quiere escuchar al Maestro que él ha enviado. Tercero. Este conocimiento es verdadero y suficiente en los fieles. Nosotros no podemos tener en este mundo un conocimiento perfecto de Dios. El es muy grande y nosotros somos muy pequeños. Un conocimiento tal sobre la tierra, ha sido propio del Salvador. Cuanto á nosotros, nuestra obligación es saber que es Dios el que ha enviado al Salvador sobre la tierra; este conocimiento nos basta, porque él nos suministra todos los otros necesarios para servir á Dios y llegar á él. Apliquémonos, pues, á este punto esencial so-

1. Erod., cap. XIV, v. 19, 20.

2. Ad Heb., cap. I, v. 3.

ser oídos, añadamos siempre estas palabras esenciales: mas no se haga mi voluntad, sino la tuya....

Tercero. *Oración llena de caridad.* Bien que la oración de Jesucristo fuese al sumo fervorosa é interesante, no se olvidó él de los tres apóstoles que había llevado consigo; se volvió á ellos para animarlos y para instruirlos.... "Y fué á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro.... ¡Simon, tú duermes! ¿No has podido velar una hora?... Después enderezando la palabra á los tres.... "Velad (les dijo) y orad, para que no entreis en tentación. El espíritu en verdad está pronto; pero la carne enferma.... Estas palabras contienen." Primero. Una reprensión que frecuentemente hemos merecido nosotros. Nosotros con el mundo velamos con mucho gusto, pero con Jesús no podemos velar. Segundo. Un precepto que nosotros hemos olvidado frecuentemente. Debemos velar sobre nuestro corazón, para observar el principio de la tentación, y orar para obtener la gracia de resistir á este principio. Entonces la victoria no es difícil; pero si por falta de vigilancia y de oración entramos en tentación, si escuchamos los primeros pensamientos, en poco tiempo nos dejaremos ganar de ella. Tercero. Una máxima que nosotros olvidamos frecuentemente, y cuyo olvido ha causado mas de una vez la ruina en nosotros. No nos flemos, no nos apoyamos sobre las resoluciones de nuestro espíritu; creyéndonos fuertes, firmes é inmóviles, nos exponemos temerariamente al peligro, y entonces experimentamos cuán débil es la carne. Cuarto. El ejemplo de una caridad y de una dulzura admirable que nosotros imitamos muy poco. Jesús estaba oprimido de tedio y de tristeza. Lo había manifestado á sus discípulos para que tuviesen también su parte; les había encomendado velar y orar con él, y los halla sepultados en el sueño, olvidando así su estado y las órdenes que les había dado. Con todo, eso vemos la dulzura con que les habla. No sucede así con nosotros; el mas mínimo disgusto que tengamos, lo hacemos sentir á los otros vivamente con nuestras maneras ásperas y desobligantes; sin que la oración ó los ejercicios de vocación á que pocos momentos antes atendíamos, endulcen la rusticidad de nuestro humor y lo desahrido de nuestras palabras.

PUNTO II.

SEGUNDA ORACION DE JESUCRISTO.

Primero. *Esta oración fué como la primera llena de respeto.* "Y fué otra vez á orar diciendo las mismas palabras...." Y haciendo á Dios su Padre la misma petición, con el mismo respec-

to, con el mismo ardor, con la misma confianza. En cuanto á nosotros, ¡ay de mí! nuestro fervor no dura tan largo tiempo. Todos los dias orando decimos las palabras mismas; pero si sucede una vez las decimos con respeto, al día siguiente nuestro fervor se va aflojando; y ponemos nuestra constancia en nuestra desatención y en las distracciones de nuestro espíritu.

Segundo. *Oración llena de resignación.* "Y se fué de nuevo segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede este caliz pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad...." En el repetir nuestras peticiones para mover el corazón de Dios y ser oídos, el punto sobre que mas debemos insistir y que debemos repetir con mayor fuerza y energía, es el de nuestra perfecta sumisión y del abandono entero de nuestra propia voluntad, para conformarnos enteramente con la santa voluntad de Dios.

Tercero. *Oración llena de caridad.* "Y vuelto (á sus discípulos), los halló de nuevo dormidos, porque estaban agravadados sus ojos, y no sabían qué responderle...." Pero Jesús les escribió este embarazo. Satisfecho con la confesión en que los halla, se compadeció de su debilidad y nada les dice. Después de la cena no habian tomado algun reposo; habian tenido siempre el espíritu aplicado y atento á los sublimes discursos que el Salvador les hizo, y siempre angustiada el corazón por las predicciones que les hacia, que no anunciaban otra cosa que traición y abandono, negación y escándalo. No era, pues, cosa sorprendente que estando ya la noche tan avanzada, se hallasen sus ojos agravadados del sueño. Hagamos aquí dos reflexiones: la primera, que en nuestro sueño y nuestra indolencia en la oración, no somos tan dignos de excusa como los apóstoles. La segunda, que cuando nuestro prójimo cae en las mismas culpas de que lo hemos reprendido, estamos muy lejos de imitar la dulzura de Jesucristo; nosotros no sabemos qué cosa sea excusar á los otros, justificar sus razones y perdonar su debilidad y flaqueza.

PUNTO III.

TERCERA ORACION DE JESUCRISTO.

"Y dejándoles, fué de nuevo, y oró por la tercera vez, diciendo las mismas palabras...." El ejemplo del Salvador nos enseña aquí tres cosas....

Primero. *La perseverancia en la oración.* El Salvador empleó en ella todo el tiempo que le quedó después del sermón de la cena hasta el arribo de Judas, y no la interrumpió sino para excitar la vigilancia de sus discípulos y animarlos á imitarlo.... ¡Ah, muy mal lo imitaron! Pero ¡oh y cuán mal lo imitamos también nos-

otros! ¡Cuánto tiempo nos sobra que podríamos emplear en la oración! ¡Cuántas veces interrumpimos la que hacemos, y olvidamos y omitimos la que estamos obligados ó nos hemos propuesto hacer!

Segundo. *La brevedad de las palabras en la oración.* En esta larga oración que el Salvador hizo en tres veces, vemos poquísimas palabras, pero mucha humildad, mucha abnegación, mucho respeto, mucha resignación. En nuestras oraciones, al contrario, muchas palabras y poca atención, pocos sentimientos y poco de aquel lenguaje del corazón que hace la esencia de la oración.

Tercero. *La repetición de la misma oración.* Para entretenernos largo tiempo con Dios, para entretenernos con él todos los días y en todas las horas del día, no tenemos necesidad de estudiar nuestras palabras ni de variar nuestras expresiones. Una palabra que nueva y que exprima nuestra sumisión, nuestra confianza y nuestro amor, puede bastarnos, y podemos repetirla continuamente delante de Dios. De esto se darían por ofendidos los hombres; pero Dios nuestro Criador se tiene por honrado... ¡Oh, y cuánta condescendencia para facilitarnos el uso de la oración! ¡No sacaremos nosotros jamás provecho?

PETICION Y COLOQUIO.

Dadme, ¡oh Dios mío! este espíritu de gemido y de oración, para que estando continuamente en vuestra presencia y en las disposiciones santas de nuestro Hijo único, pueda merecer que vos senéis mi consolación en todos mis males y mi fortaleza en todos los peligros. Amen.

MEDITACION CCCV.

CUANTO SUCEDIO DE EXTRAORDINARIO EN LA ORACION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

San Ldo., esp. XXII, v. 43, 44.

Primero, la aparición de un ángel; segundo, la agonía de Jesucristo; tercero, el sudor de sangre.

PUNTO I.

APARICION DE UN ANGEL.

“Y le apareció un ángel del cielo confortándolo...” Tres cosas se nos presentan aquí dignas de nuestras reflexiones.

Primero. *Un objeto de admiración.* La apa-

rición del ángel y todo lo que refiere aquí de particular san Lucas, sucedió mientras que Jesús oraba por la tercera vez. Que apareciese á Jesús un ángel, no es una cosa que nos debe sorprender; él es el Señor de los ángeles, y el ministerio de estos bienaventurados espíritus es de servirlo; pero lo que hay de muy sorprendente es, que este ángel le apareciese para confortarlo. ¿No es Jesucristo la fortaleza misma, la virtud de Dios, aquella fuerza que lleva y que sostiene todas las cosas, y por consiguiente el que fortifica los ángeles y los hombres? ¿Cómo, pues, ha podido él ser confortado por un ángel? ¡Ah! lo quiso así por nuestro amor y nuestra condescendencia. Así como quiso recibir de la mano de los hombres en la debilidad de su cuerpo, durante el tiempo de su infancia, los socorros que de ella reciben los otros niños, ha querido también en el abatimiento de su alma recibir de los ángeles los socorros que deben esperar los otros hombres. Todo esto es una consecuencia de las enfermedades de nuestra naturaleza á que ha querido sujetarse y que nos lo deben hacer infinitamente amable... En qué cosa consistiese el socorro del ángel, es un misterio que el Evangelio no nos ha explicado y excede sin duda nuestros pensamientos. No podemos hacer aquí otra cosa que admirar, adorar y callar.

Segundo. *Un motivo de confianza.* En Jesús servido de los ángeles vemos un Señor; pero en Jesús confortado por un ángel, vemos nuestro Salvador y nuestra cabeza, y tenemos derecho como miembros suyos, á esperar el mismo socorro. Dios ha establecido sus ángeles para ser en orden á nosotros los ministros de sus bondades y de sus misericordias.¹ Invoquémoslos en nuestras necesidades, pongamos en ellos nuestra confianza y no nos faltará seguramente su socorro visible. ¡Cuántas gracias, cuántos buenos pensamientos y cuántos sentimientos de piedad no hemos recibido nosotros por su ministerio, y cuántos no debemos esperar si por los méritos de nuestro Salvador y manteniéndonos unidos á él, les pedimos con confianza!

Tercero. *Una materia de instrucción.* Aprendamos aquí que el gran remedio para todos nuestros males es la oración; que orando y perseverando en la oración, encontraremos en Dios consolación, fuerzas y valor que los hombres no pueden darnos; aprendamos también que Dios oye nuestras oraciones, no ya siempre con libramos de nuestros males, sino con darnos fuerza para soportarlos, lo que es de mayor provecho para nosotros y para los intereses de la eternidad.

1 Ad Cor., esp. I, v. 24.—Ad Hebr., esp. I, v. 3.

2 Ad Hebr., esp. I, v. 14.

PUNTO II.

AGONIA DE JESUCRISTO.

“Y habiendo entrado en agonía, oraba mas intensamente...”

Primero. *La naturaleza de esta agonía.*² Fué esta una especie de combate entre lo que se llama la parte inferior del alma y la parte superior; la primera llena de repugnancia, la segunda llena de sumisión; por decirlo en breve, fué un combate en el alma de Jesucristo. No se puede explicar la grandeza del tormento que experimentó. Lo que podemos decir de cierto, es, que sin un milagro el Salvador habria debido ceder en él. Durante este largo suplicio, no cesó Jesús de orar y de pedir siempre el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios su Padre. Aquí es sumamente necesario observar que por un incomprendible prodigio, ni la tristeza mortal del Salvador, ni su agonía, ni todos sus tormentos interrumpieron jamás la vision intuitiva y la bienaventuranza esencial de su bienaventurada alma, y que por otra parte, esta bienaventuranza esencial nada disminuyó de su natural sensibilidad y de la actividad de los tormentos. Tengamos compasión de sus dolores, sin olvidarnos que el que padece es Dios, y que bien sea que Dios, esto no impide que padezca las penas mas crueles.

Segundo. *Las causas de esta agonía.* La vista de la muerte no fué ni la única ni la principal de esta agonía. Debemos antes bien atribuirle á la vista de nuestros pecados. Jesús veía toda la serie de suplicios y de oprobios que habia de sufrir; pero no veía menos distintamente la serie de todos los pecados de que se habia cargado y que estaba para expiar. Veía que esta expiación sobrecabundante aumentaría la maldicia de los pecados de muchos y que para muchos seria inútil. ¡Ay de mí! ¡cuántos pecados visteis en mí, oh Salvador mío! ¡oh cuánto he contribuido á los dolores de vuestra agonía! Haced que á lo menos ahora os pueda servir de alguna consolación, por medio de un sincero arrepentimiento de haberlos ofendido y de una firme resolución de no volverlos á ofender jamás.

Tercero. *Razones de esta agonía.* ¿Por qué quiso el Salvador sufrir esta agonía? ¿por qué no quiso dejar de padecer alguna de las penas que nosotros debíamos padecer? porque así como su muerte debia ser el modelo, la consolación y el apoyo de la nuestra, quiso que también su agonía nos animase y nos fortificase en la nuestra para hacernos perseverar hasta el fin. No convenia que sufriese esta agonía sobre la cruz, donde debia mostrar una fuerza mas que humana y donde su último suspiro debia ser una pru-

1 Agonía significa propiamente combate.

ba de su divinidad. Por esto anticipó el tiempo de su agonía y quiso sufrirla antes que los otros suplicios, para no dejarnos sin consolación en un momento tan crítico para nuestra salvación. ¡Oh Salvador de nuestras almas, qué gracias os podemos nosotros dar por una tan grande caridad!

PUNTO III.

SUDOR DE SANGRE DE JESÚS.

Primero. *Este nos hace conocer los dolores de Jesús.* “Y dió en un sudor como de gotas de sangre que corrían á la tierra...” De un sudor tan extraordinario podemos juzgar cuán violento fué el combate que sostuvo Jesús, cuán grandes sus penas internas y á qué estado lo redujeron.

Segundo. *Este quita la maldición de la tierra.* Cuando Dios maldijo la tierra, condenó al hombre á batlarla con el sudor de su frente. Para purificarla Jesús y quitarle la maldición, la baña con un sudor de sangre exprimido por su amor. ¡Oh y cuán perfectamente ha sido reparado el orgullo, la desobediencia y la complacencia desreglada del primer hombre, por las humillaciones, por la obediencia hasta la muerte y por la sangre de un Dios hombre en el huerto de las Olivas!

Tercero. *Este nos anima á la penitencia.* Vee, ¡oh gran Dios! en qué modo sabeis vos unir vuestra justicia con vuestra misericordia. ¡Qué otra cosa me queda á mí que hacer para huir de vuestra cólera, sino despojarme del hombre pecador, para vestirme de vos, ¡oh Jesús! paciente y penitente! Pero ay de mí! ¡cuán débil es mi penitencia! Me lamento de sus rigores y ciertamente no ha llegado mi resistencia hasta derramar la sangre.²

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! haced morir en mí el hombre viejo, haced salir de mi corazón aquellas lágrimas de penitencia que me corren la sangre de una alma penitente. Aplíqueme el mérito de vuestra bienaventurada agonía. Vendrá el momento de la mía, en que haciendo la naturaleza en vano los últimos esfuerzos para resistir á la muerte, tendrá mi alma que combatir por la última vez para vencer los asaltos del enemigo de su salud. Desde ahora, ¡oh Señor! acepto esta agonía, me sujeto á su tormento y á todos sus rigores, y os suplico por los méritos de la vuestra, á la cual la uno, que me sostengais en aquel último momen-

1 Ad Colos., esp. 3, v. 9.

2 Ad Hebr., esp. XIV, v. 4.

to. Si me queda entonces algun vislumbre de conocimiento, concededme la gracia de emplearlo como vos en la oracion, sometiéndome perfectamente al querer de mi Criador y de mi Padre. Angel del cielo, custodio mio fidelísimo, santos abogados míos que invoco todos los días, y vos principalmente, ¡oh Reina de los ángeles, y de los santos! fortificadme en aquel último combate para que salga de él victorioso, y habiendo perseverado en la fe, en la esperanza y en la caridad hasta el fin, pueda entrar con vosotros en el reino que mi Salvador me ha prometido y merecido, reino que no tendrá jamás fin. Amen.

MEDITACION CCCVI.

DE JESUS DESPUES DE SU ORACION EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

San Luc, c. XXII, v. 45.
46.—San Mar., c. XIV,
v. 41, 42.—San Mat., c.
XXVI, v. 45, 46.

“Y habiéndose levantado de su oracion y vuelto á sus discípulos los halló dormidos por la tristeza. Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, orad para no entrar en la tentacion. Y volvió la tercera vez y les dijo: dormid y reposad. Basta, ha llegado la hora; he aquí que el Hijo del hombre va á ser entregado en las manos de los pecadores, alzaos, vamos. He aquí el que me ha de entregar está cerca....” Consideremos en estas palabras: Primero, La reprensión de Jesucristo á sus discípulos. Segundo, El que valor muestra para padecer. Tercero, El conocimiento que tiene de las cosas distantes.

PUNTO I.

REPRESION QUE JESUCRISTO DA Á SUS DISCÍPULOS.

Primero. *Reprensión llena de dulzura.* Jesús les dijo solo estas palabras.... ¿Por qué dormís?... No les dijo ya, cómo dormís vosotros aun, habiéndolo yo advertido ya dos veces: Esta es ya la tercera vez que tengo á vosotros, y no obstante mis replicados avisos, es hallo siempre en la misma culpa.... ¡Ay de mí! ¿qué cosa no decimos nosotros á nuestros semejantes? Jamás se apura nuestra elocuencia.... Después despierta Jesús su atencion con una especie de ironía. Ea, dormid y reposad.... Esta manera de reprender es buena para hacer avergonzarse al que es pusilánime; pero al estilo

irónico muy continuado, es despreciante é insultante, y por tanto el Salvador luego al punto desistió. Sirvámonos de él á ejemplo suyo en caso de necesidad, con toda moderacion y en dos palabras; de otra manera nuestro celo degenerará en extravagancia; y en vez de corregir, no haremos otra cosa que exasperar é indisponer á los que reprendamos.

Segundo. *Reprensión acompañada de instruccion.* El Salvador habia comenzado diciéndoles que orasen para no entrar en la tentacion, y ceaba con estas palabras. Podemos decir que esta es la última instruccion que ha dado á sus discípulos antes de morir; de esto debemos juzgar cuán importante sea.

Tercero. *Reprensión é instruccion que convienen á nosotros.* Apliquemos la una y la otra á nosotros mismos. ¿Cómo nos dice Jesucristo, dormís aun en el sueño del pecado, en el sueño de la tibieza, en el sueño de la pereza y de la disipacion? ¿os he despertado ya varias veces, y he aquí que todavía recaeis en el sueño? No advertís que vuestro dormir y vuestra vida no es otra cosa que un sueño, que los bienes, que los placeres á que os inclináis son tan poco reales, tan poco sólidos, como aquellos que gozais en la ilusion de un sueño, que se os quitarán luego que despertéis y os dejarán en la extrema miseria. Ea, pues, dormid ya que lo queréis, reposad tambien. ¿Ea este momento propio para dormir? He aquí que ya estais vecinos á terminar vuestra carrera; bien presto el mundo será ya nada para vosotros, y yo no tardaré en pedir os cuenta del uso que habreis hecho de vuestra vida. Ea, pues, dormid.... abandonaos al sueño, no busqueis otra cosa que establecer aqui en la tierra vuestro reposo y pasar una vida dulce y ociosa. ¡Ah! obrad antes bien de sabios. Basta. Habiéis dormido bastante, habéis perdido ya mucho tiempo en un sueño culpable y peligroso; despertad al fin, avergonzaos de vuestra inaccion, de vuestra pereza; alzaos luego y orad. ¿Queréis vosotros ser sorprendidos? ¡Ah! empezad una vida seria y cristiana, una vida de oracion, de penitencia y de fervor.

PUNTO II.

EL VALOR QUE JESUCRISTO MUESTRA PARA COMO HA SEPTO EL PADECER.

Primero. *Valor heroico.* Sale al encuentro á los mayores males, á la ignominia, á los tormentos y á la muerte. “El Hijo del hombre (el que es la santidad misma) será entregado en las manos de los pecadores.” Y ¡oh cómo lo tratarán estos cuando una vez lo tengan entre sus manos y en su poder! ¡Y nosotros? ¿qué temor tenemos de caer en las manos de nuestros ene-

migos? ¿de qué males estamos amenazados que no tenemos valor de salirles al encuentro? ¡Ah! vergüenza de nuestra debilidad, de nuestros lamentos y de nuestras quejas!

Segundo. *Valor prudente.* Jesús se presenta al combate, pero después de la oracion; en ella ha tomado aquel valor, aquella intrepidez que es manifiesta. ¿Será acaso cosa sorprendente que nosotros ni tengamos ánimo ni valor cuando estamos sin oracion? Y no creamos haberla hecho bien si nos hallamos sin fuerzas para las buenas obras, si somos siempre cobardes, siempre sensibles á cualquiera mortificacion, y siempre tan poco aplicados á nuestras obligaciones como lo estábamos antes.

Tercero. *Valor regulado por la obediencia.* “La hora ha llegado....” Aquella hora tan deseada, tan terrible, aquella hora es la hora de Dios. No se la ha hecho prevenir el deseo, ni se la ha hecho huir el temor. Es la hora del suplicio, del oprobio y de la muerte; pero es la hora de Dios y ella ha llegado; alzaos, vamos. ¡Ay de mí! ¿es tal nuestra obediencia? Y ciertamente Dios no pone nuestra obediencia á esta prueba, y para lo poco que nos pide, abandonamos á nuestro Salvador en vez de unirnos á él. Jesús teme y tiembla durante la oracion y es intrépido en la ejecucion. Nosotros, al contrario, estamos llenos de valor cuando se trata solo de formar resoluciones; pero todo se acabó al ejecutarlas.

PUNTO III.

EL CONOCIMIENTO QUE JESUCRISTO TIENE DE LAS COSAS VERDADERAS.

“El que me entregará está ya cerca.” Cuando salió (Judas) del cánculo para consumir su traicion, veía Jesús todas las medidas que se habian de tomar, y sabia el tiempo que seria necesario á los pontífices para juntar una tropa, darle las instrucciones oportunas y ponerla en movimiento. Jesús seguía en espíritu todos sus pasos, y sobre la ciencia cierta que tenia de ellos regulaba los suyos. Habia tomado su tiempo en el cánculo para dar el último adios á sus apóstoles y dárles sus últimas instrucciones; tomó tambien el que juzgó necesario para hacer su oracion en el huerto, después de la cual, habiendo tomado consigo á tres de sus discípulos y habiendo alencado con ellos á los otros ocho, les anunció con certeza la llegada de Judas. He aquí cómo Jesús procura asegurar nuestra fe contra el escándalo de sus humillaciones, para que jamás nos olvidemos que si es un hombre como nosotros el que padece, es al mismo tiempo un hombre-Dios, que padece solo porque quiere y por nuestra salvacion. Los impíos tie-

nen solo delante de los ojos el escándalo para desechar las pruebas de la divinidad, y todos saben el interés que tienen en mira para creer á los evangelistas cuando cuentan sus humillaciones, y no creenlos después cuando dan las pruebas de su divinidad; esto lo hacen porque creyéndolo Dios, sus humillaciones y sus tormentos imponen obligación de humildad y de mortificacion que ellos no quieren absolutamente practicar. Pero nosotros, que buscamos únicamente el camino de la salud, lo vemos con gusto andado por aquel que ha probado de tantas maneras, y hasta el fin, que él era el Hijo de Dios, enviado para enseñarnoslo.

PETICION Y COLOQUIO.

Con esta fe y con este espíritu os seguiré, ¡oh divino Jesús! en la carrera de vuestra pasion, como á mi Maestro, mi Salvador, mi Dios y mi modelo. Iluminad siempre mas mi espíritu para que no pierda jamás de vista vuestra divinidad, y moved siempre mas mi corazon para que se haga sensible á los dolores que experimenta vuestra santa humanidad. Amen.

MEDITACION CCCVII.

BESO DE JUDAS.

San Marcos, c. XIV, v. 43,
45.—San Ldo., cap. XXII, v.
47, 48.—San Mat., c. XXVI,
v. 47, 50.

Primero, beso dado con la mas enorme perfidia; segundo, beso recibido con el mas sensible dolor; tercero, beso reprendido con los términos mas tiernos.

PUNTO I.

BESO DADO CON LA MAS ENORME PERFIDIA.

Primero. *Enormidad en la conspiracion.* “Y estando aun él hablando, llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y con el gran tropel de gente armada de espadas y de palos, enviada por los principes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos. Y el traidor les habia dado la señal, diciendo: aquel que yo besaré ese es; prendedlo y conducido con cautela.” ¿Cuántos delitos en uno solo! ¿cuántos actos odiosos! ¡qué perfidia, qué enormidad! ¡qué caída para un apóstol! Habia sido llamado para ser uno de los fundamentos de la Iglesia y de nuestra salud, y se hace cabeza de los impíos, el conductor y la guía de los que hacen morir al Salvador.... ¡Qué ceguedad

en un hombre que ha sido testigo de los milagros de Jesucristo si ha creído que esta tropa de soldados armados era capaz de prenderlo contra su voluntad! ¡qué perfidia servirse de la señal de paz y de amistad para entregarlo y para dar en las manos de sus enemigos un Maestro de quien solo ha recibido beneficios! ¡qué odio, qué furor encargar que lo lleven con tanta precaución que no se pueda huir! ¿Temía acaso que con él huyese también el precio vil en que lo había tasado?... Judas en esto es la cabeza, el modelo y la imagen de los apóstatas, que habiendo abandonado la fe, la Iglesia y la piedad, no respiran otra cosa que odio, violencia y traición; él es la cabeza de los hipócritas y de los engañadores que lisonjean y halagan solo para engañar, hacer traición y hacer también caer en las asechanzas que tienen preparadas; es el modelo de aquellas almas viles que por un interés despreciable, por un motivo de ambición y de fortuna, abrazan el partido de los malos y se hacen los ministros de sus pasiones para cualquier exceso á que ellas los empujen; es la imagen de aquellos corazones infieles y corrompidos que en un estado de perfección y llamados á una santidad distinguida, ceden á los movimientos de una pasión secreta, que nutren y mantienen y á la que finalmente lo sacrifican todo. ¡Oh cuánto nos debe hacer temblar y vivir circunspectos el ejemplo de Judas!

Segundo. *Enormidad en la acción.* "Y aquel que se llamaba Judas, uno de los doce, iba delante de ellos, y se llegó á Jesús para besarle..." Dejando Judas detrás de sí la turba, se adelantó y se acercó á Jesús para darle el beso como tenían concertado.... ¿Cómo? ¿aun tiene Judas atrevimiento para comparecer delante de Jesucristo? ¿pretende por ventura engañarlo, esconderle su traición y hacerle creer á sus colegas que es aun uno de ellos, y que no tiene trato alguno ni conexión con aquellas personas armadas que se ven detrás de él? ¡Ah! Judas, tú te engañas, tú te lisonjeas; estas apariencias de una fingida amistad no pueden engañar al que penetra el fondo de los corazones, antes sirven para acrecentar la enormidad de tu perfidia y cubrirte de una infamia que te hará siempre un objeto de horror á todo el universo. ¡Ay de mí! yo me engaño grandemente á mí mismo cuando procuro esconder el desorden de mi alma. Yo obro como si Dios no me viese, y muchas veces ni aun puedo evitar la vista y la penetración de los hombres.

Tercero. *Enormidad en las palabras.* "Y habiendo venido, se acercó luego á Jesús, y le dijo: Dios te salve, Maestro, y lo besó..." Consideremos la diligencia de Judas, y observémoslo correr hacia Jesús, echárselo al cuello y besarle. Oigamos las palabras llenas de respeto y de afición con que acompaña el pérdida beso, y confesemos también que la tierra no ha llevado jamás un monstruo tan horrible. Pero; ¡ay de mí!

juna comunión sacrilega es acaso alguna cosa menos execrable que el beso de Judas? Señor, no me hecho jamás culpable en esto?

PUNTO. II.

BESO RECIBIDO CON EL MAS SENSIBLE DOLOR.

"Y lo besó..." ¿Cómo? Jesús no aparta su sagrado rostro de aquella boca impura, recibe aquel beso péfido y trata todavía de amigo al que se lo dá.... Este beso es para Jesús:

Primero. *Un tormento que sufre.* ¡Hay tormento mas sensible para un corazón benéfico que una traición? ¡y hubo jamás traición mas horrible que la de Judas? Es un discípulo el que hace traición á su Maestro, que para entregarle se sirve de su confianza y del conocimiento que tiene del lugar donde va á orar y donde ha ido frecuentemente con él, que se sirve de la libertad que tiene de abrazarlo, y que habiendo tenido otras veces esta afortunada ventaja, la convierte contra su bienhechor. ¿Y de qué se trata, pues, en esta traición? De nada menos que de entregar á sus enemigos y dar la muerte á un Maestro tan bueno, tan santo y tan irreprochable.

¡Ah! ¡qué suplicio para el corazón de Jesús! El lo ha sufrido para enseñarnos á nosotros mismos á sufrirlo. ¿Qué cosa son las traiciones de que nos lamentamos en comparación de aquella de que Jesús no se lamenta? ¿no aprenderemos nosotros jamás á sufrir en la escuela de un Maestro que sufre tanto por nuestro amor?

Segundo. *Un ultraje que perdona.* Judas es un monstruo de ingratitud, el corazón mas inhumano que jamás hubo. No se puede concebir de dónde proceda en él un odio tan envanecido contra su bienhechor y contra el mejor de todos los maestros; la acción es atroz, y todo su proceder es una enormidad sin ejemplo. Ninguna cosa hay que sobrepuje este exceso de la maldad sino el de la paciencia, de la dulzura y de la bondad de Jesús. Este divino Salvador ama aun á este discípulo péfido, aunque sumamente indigno; lo perdona como después perdonará á sus verdugos; lo convida á penitencia, le da el título de amigo, y en las palabras de Jesús hay otra tanta sinceridad y afecto, como hay perfidia y odio en las de Judas. ¡Ah! ¿tendremos aun corazón para resistir á un tal ejemplo de nuestro Maestro? ¿nos verán aun los hombres llenos de resentimiento por la mas mínima ofensa que se nos haga y prorumpir en quejas y lamento, con el corazón encendido en cólera y dispuestos siempre á manifestar los efectos de nuestra venganza? ¿nos verán todavía implacables para con aquel que nos ha ofendido, aun cuando procura el darnos señales de su arrepentimiento?

Tercero. *Una pérdida que deplora.* Judas po-

ne el colmo á su reprobación, Judas se condena, y la pérdida de su alma es justamente lo que conmueve mas vivamente el corazón de Jesús.... ¡Ah! es un cruel suplicio para un corazón celoso, el ver una persona por quien particularmente se interesaba, que habia instruido y educado en la piedad, verla de un golpe cambiar semblante, entrar y caminar á pasos largos en el camino de la iniquidad, á riesgo de no salir ya jamás y de perderse para siempre. Pero en orden á la pérdida de una tal alma, nosotros no podemos tener certidumbre alguna, podemos tener solamente temor; pero de la pérdida de Judas tenia Jesús una total certidumbre. Desgraciado apóstol, ¿dónde te ha venido á traer tu avaricia? ¡Ay de mí! ¡qué exceso nos puede conducir una pasión descuidada, lisonjeada, conservada y que no hemos procurado jamás domar.... Pero dirá alguno: ¿No podía Dios cambiar el corazón de Judas? ¿quién duda de esto? Y si lo podía, ¿por qué no lo ha hecho? ¡Oh hombres! ¿quién sois vosotros que os atrevéis á entrar en juicio con Dios y hacerle dar cuenta de su conducta? ¿está por ventura empeñado Dios en multiplicar sus gracias á la medida que nosotros multiplicamos el abuso que de ellas hacemos? No basta para justificación de su misericordia, que reparta sus socorros segun la proporción de nuestras necesidades? ¿es acaso necesario aun que le sirva de regla nuestra maldicia? No, no, no nos engañemos. Dios solo sabe la medida de las gracias que él nos destina. ¿Cuántas no ha recibido Judas? Pero Judas se ha cegado, se ha obstinado, se ha endurecido; Judas ha hecho resistencia á todo y Judas se ha condenado. Judas, como tantos otros réprobos, debe imputar á sí solo su reprobación. ¿Qué cosa debemos concluir de esto? Lo que nos encomienda el apóstol, obrar nuestra salvación con temor y temblor. Temamos, pues, abusar con Judas de las gracias que Dios nos ha hecho; velemos, oremos y temblemos.

PUNTO III.

BESO REPRENDIDO CON LOS TÉRMINOS MAS VERNOS.

Primero. *Tierna reprehension de Jesús.* Jesús le dijo á Judas solo dos palabras. Habiéndosele acercado y saludándolo, "le dijo Jesús: ¿amigo, á qué has venido?" Y estando Judas en el acto de abrazarlo.... "Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?..." Jesús en estas pocas palabras muestra á Judas todo su afecto, lo llama para que entre dentro de sí mismo, le descubre la grandeza de su delito y

1 Ad Philip., c. II, v. 12.

le hace percibir todo el horror de su conducta. ¿Qué corazón no habria cedido á palabras tan tiernas? Para resistirse á ellas era necesario un corazón como el de Judas.... Pero si este apóstol péfido no las escucha ó se hace á ellas insensible.... ¡ah! no lo imitemos; rocejamos estas palabras con respeto y hagamos su aplicación.

Segundo. *Aplicacion á nosotros mismos de la primera palabra de Jesucristo.... Amigo, ¿por qué, á qué fin, con qué designio has venido?* San Bernardo solia frecuentemente hacerse á sí mismo esta pregunta, poniéndose delante de los ojos el fin de su vocación. Traigamos tambien nosotros á nuestra memoria el fin para que hemos sido criados y hemos venido á este mundo, para qué nos han bautizado y hemos entrado á la Iglesia, para qué hemos abrazado el tal estado y hemos llegado en él al término donde nos hallamos al presente. ¿Hemos venido para hacer en él nuestra voluntad, para vivir sin ley, ó hemos venido á él para servir á Dios, para obedecer, para sufrir, para trabajar y para santificarnos? Apliquémonos, pues, estas palabras para el tiempo presente, á fin de entrar en nosotros mismos; por lo venidero, á fin de sostenernos en las tentaciones y en las penas de nuestro estado, y por lo pasado, á fin de detestar con un sincero dolor los yerros en que hemos caído.... ¿Qué vida he pasado yo, oh Dios mío? ¿Oh cuántos pecados cometidos, cuántas pocas virtudes practicadas! ¿He venido yo, pues, para esto? ¿era esto lo que habia de vos de esperar de las gracias que me habéis dado, de las promesas que os habia hecho, del fervor con que habia comenzado? La reprehension que vos habéis hecho á Judas, conviene, ¡oh cuán bien! á mí mismo; bien frecuente la he merecido.

Tercero. *Aplicacion de la segunda palabra de Jesús.* "Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre?..." Si acaso nosotros hemos tenido la desgracia de hacer alguna confesion ó comunión sacrilega, apliquémonos estas palabras en la amargura de nuestra alma, y para detestar con todo nuestro corazón una tan enorme traición, comprendamos su maldicia. Judas, que yo he llamado al apostolado; tú que yo he hecho nacer en el seno de mi Iglesia, que he instruido, llamado, elegido y colmado de favores, ¿es este tú reconocimiento? Entregas, tú eres un traidor, un péfido, un hipócrita. Tú llevas tu ingratitud al último exceso y pones el colmo á todos tus delitos? ¿Entregas al Hijo del hombre? Es tu Salvador, tu juez el que tú entregas de este modo: es el Hijo de Dios; es el Omnipotente, contra quien tú acometes; son sus miterios y su religion de lo que tú te burlas; es su cuerpo el que tú profanas, y su sangre la que tú pisas, y él mismo el que tú das en las manos á sus enemigos, á tus pasiones y al pecado. ¿Con un beso? ¿Tú vienes al tribunal de la reconciliación á ultrajarlo y mentir á él mismo en la persona de

su ministro, como si él no oyese tus palabras, ó no viese el fondo de tu corazón? ¿Vienes á declarar la guerra, á insultarlo en la mesa eucarística, en el Sacramento de su amor? ¿Aquella comunión, la prenda de su ternura, el vínculo que á él une las almas puras, entre sí unidas por medio de la caridad, tú la recibes en un cuerpo manchado de la impureza, en un corazón lleno de odio y de resentimiento contra tu prójimo? ¿Con un beso? ¿Quién no creería que al darselo tú eras un amigo tierno y fiel? Con todo eso, tú eres un traidor, un pérfido. Tú engañas á los hombres, esto es lo que tú quieres; pero no engañas á Jesucristo, y esto te importa poco; pero vendrá el día en que los hombres verán tu traición y en que Jesucristo vengará su ultraje.

PETICION Y COLOQUIO.

¿Y por qué no puedo yo, ¡oh Jesús! recompensar con mi respeto y con mi amor los ultrajes que os hace una comunión sacrilega? ¡Ah! En adelante, ¡oh Salvador mio! vendré á los pies de vuestros altares á daros el beso de paz, no para entregaros en manos de vuestros enemigos, sino para introducirlos en mi corazón: allí iré hambriento de vuestra carne adorable y sediento de vuestra sangre preciosa; allí iré para nutrirme, hartarme y suplicaros vivir en mí, y transformarme en vos, para que sea una sola cosa con vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCCVIII.

POTENCIA DE JESUCRISTO SOBRE LA TURBA QUE SE ADELANTA PARA PRENDERLO.

S. Juan, c. XVIII, v. 3, 9.

Primero. Potencia de Jesucristo en el detener la turba.
Segundo. Potencia de Jesucristo en aterrarla. Tercero. Potencia de Jesucristo en prescribirle límites.

PUNTO I.

POTENCIA DE JESUCRISTO EN DETENER LA TURBA.

Primero. Jesús para los soldados y los detiene para que no se acerquen á él. "Judas, pues, habiendo obtenido una cohorte" y los ministros de los pontífices y de los fariseos, vino allí (al huerto de las Olivas) con linternas, antorchas y armas. . . . Judas había pedido á los sumos sacerdotes, á los ancianos, á los fariseos y á los escribas, un destacamento de soldados, ó sean judíos ó sean romanos, un tribuno y otros oficiales para mandarles. A esta corte, que iba precedida

y seguida de una multitud de criados, de los cuales unos llevaban antorchas, otros linternas y otros iban armados de palos, se unieron otros oficiales del templo y muchos miembros del consejo. Era acaso necesario tanto mundo, tanto aparato, para prender un hombre solo y para asegurarse de una tropa de once personas? Avanzad, pues, ¡oh soldados! la señal ya está dada; vosotros ya veis bien al que debéis arrestar, bien veis también la débil escelta que lo acompaña. Pero no; Jesús es aquí el Señor y lo será todo el tiempo que querra. Su potencia invisible os encadena, y sin su orden, ni siquiera podréis dar un paso. Os adoro, ¡oh divina potencia de Jesús! y reconozco que si vos cedéis a vuestros enemigos, lo haceis porque queréis, por la obediencia á las órdenes de vuestro Padre y por mi amor.

Segundo. Jesús los para y hace detener para ir él mismo á ellos y preguntarles. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de acontecer, lo regulaba todo según las miras de su sabiduría y de su amor. "Se adelantó y les dijo: ¿á quién buscáis? . . ." He aquí de la parte y de la otra una grande tranquilidad que vez de un estrépito, de tumulto y de ruido, que debia ciertamente seguirse en su consecuencia. Pero Jesús ha querido convencerlos de que la fuerza y la violencia de sus enemigos no han tenido parte alguna en su arresto, y de que él mismo se ha entregado en sus manos solo porque ha querido, por la gloria de su Padre y por nuestra salvación. No olvidemos esta verdad en todo el curso de la pasión, y excite ella en nuestros corazones los mas vivos sentimientos de reconocimiento. De aquí deben también aprender sus siervos á presentarse en la ocasión con intrepidez, bien seguros de que nada les sucederá sino por su permission, para su gloria y para su provecho. Jesús teme en la oración y es intrépido en el peligro.

Tercero. Jesús los detiene para darles tiempo de responderle y que oigan ellos también su respuesta. "Le respondieron: á Jesús Nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba. . . ." Todo lo que pudieron hacer en este momento estos tropas furiosas, fué descubrir su perverso desiguio; pero debieron comprender cuán impotentes eran para ejecutarlo. ¿Qué necesidad en los peccadores sublevarse contra Dios y contra su Cristo!

¿Crean acaso poder vencer al Criador del cielo y de la tierra, de quien reciben el ser y la vida? Apenas hubo dado Judas al Salvador el pérfido beso que debia servir de señal, se retiró en medio de su tropa, para no quedar envuelto en la tempestad que debia caer sobre la de Jesucristo. La tempestad cayó sobre la tropa en que él se había creído seguro, y quedó envuelto en ella. ¡Ah! No imitemos á Judas, no nos metamos en la compañía de los peccadores, no nos creamos entre ellos seguros, no nos dejemos en

gañar de su número, de su crédito, de su poder; todo esto no es otra cosa delante de Dios que debilidad y nada. Estemos antes bien unidos con los siervos de Jesucristo. No nos alejen de ellos su humildad, su dulzura, su debilidad, su corto número, el desprecio en que viven y las persecuciones que sufren; solo entre ellos podemos gozar una total seguridad: su Señor sabrá bien un día sacarlos de la opresión, colocarlos en su gloria y cubrir sus enemigos de un oprobio eterno.

PUNTO II.

POTENCIA DE JESUCRISTO EN ATERRAR LA TURBA.

"Pero apenas les hubo dicho: yo soy, volvieron atrás y cayeron en tierra. . ." Tres especies de aterramiento debemos considerar, de los cuales el primero es la figura y el simbolo de los otros dos.

Primero. Aterramiento de toda la tropa de Judas en el huerto de las Olivas. No se valió Jesucristo para atemorizar estas tropas de un tono de voz severa, con reprensiones y amenazas; para aterrarlos y hacerlos caer amortecidos en tierra, empleó solo estas dos palabras. Yo soy. Pero en el pronunciarlas les dió toda la energía y eficacia posible. Yo soy Jesús Nazareno, concebido en Nazareth en el seno de una virgen por obra del Espíritu Santo. Yo soy el Verbo de Dios hecho carne, Dios hecho hombre; el hombre-Dios, el Hijo de Dios, á cuyo nombre, ó voluntariamente ó por fuerza, se debe doblar toda rodilla en el cielo, sobre la tierra y en el infierno. A este yo á este terrible nombre, soldados, oficiales, príncipes y pueblo, señores y siervos, Judas y sus ministros, todo fué por tierra, sin que alguno pudiese mantenerse en pié ni resistir. ¡Oh Dios fuerte, Dios santo, Dios poderoso, Hijo de Dios y de Maria, quién podrá estar delante de vos! ¡quién no se postrará para adoraros, para suplicaros, para moveros á compasión y para pedirnos vuestro amor!

Segundo. Aterramiento de todos los ídolos sobre la tierra. Este aterramiento de soldados armados era una figura del que Jesucristo debia causar sobre la tierra después que hubiese sido glorificado. Al nombre de Jesús han caído en el polvo los ídolos, sus templos y sus altares; al pronunciar este nombre sus sacerdotes y sus adoradores, los emperadores, los reyes, los magistrados, sus defensores y los perseguidores del santo nombre de Jesús, han sido aterrados, se han desvanecido y han desaparecido de la faz de la tierra para dejar el lugar á los sacerdotes de la nueva ley, al culto de un solo verdadero Dios por medio de Jesucristo su Hijo único, y por

medio de la oblation cotidiana del sacrificio in-cruento de su pasión y de su muerte.

Tercero. Aterramiento de todos los peccadores en el último día. Si Jesús en la debilidad de nuestra carne, resuelto á dejarse juzgar, condenar y ser entregado á la muerte, ha podido con solo una palabra aterrar hombres armados y furiosos contra él, ¿en qué vendrán á parar los peccadores cuando vendrá para juzgarlos y lo verán sobre el trono de su justicia, cercado de gloria y de majestad, cuando les dirá: Yo soy el que vosotros habeis ofendido, despreciado, ultrajado y perseguido? . . . ¡Ay en aquel día del que se hallará en este número, del que habrá hecho traición á Jesucristo, á su estado, á su vocación y á sus obligaciones, del que habrá abandonado el partido de los justos por ponerse en el número de los peccadores! ¡Cuál debió ser la sorpresa de Judas cuando se vió á sí mismo y á los soldados amortecidos por tierra á solo una palabra! ¡Cuál debió ser el júbilo de los apóstoles cuando vieron sus enemigos por tierra y la facilidad con que su Maestro los aterró! Ligera imágen de los sentimientos que tendrán en el último día, por una parte los justos y por otra los peccadores, y particularmente los apóstatas, los que habrán abandonado el partido de la religion, de la Iglesia y de la piedad, los que se habrán puesto al frente de los peccadores, para sostenerlos, para animarlos y darles aliento con su autoridad, con sus discursos y con sus ejemplos.

PUNTO III.

POTENCIA DE JESUCRISTO EN PRESCRIBIR LÍMITES Á LA TURBA.

Primero. Prescribe límites á su falta de fuerzas para darles tiempo de entrar dentro de sí mismos. Débiles y abatidos, ¿qué es lo que podían hacer en este estado si la misma potencia que los habia aterrado no les hubiese restituido las fuerzas para volverse á levantar? "Se levantaron, pues, y les volvió á preguntar: ¿á quién buscáis? y ellos dijeron (como la primera vez), á Jesús Nazareno. . ." ¿Cómo? ¿siempre el mismo desiguio, el mismo odio, el mismo furor, ninguna cambioamiento, ningun arrepentimiento, ningun temor? ¡Ah! ¿cuantas veces hemos visto los soberbios humillados, los ricos empobrecidos, los ambiciosos decaídos de toda esperanza, los voluptuosos oprimidos de males y de enfermedades! Y no obstante, ¿cuando los hemos visto mudados, excitados al arrepentimiento ó disgustados del objeto de su pasión? Si alguna vez en medio de sus desgracias tienen algunos discursos edificativos y capaces de persuadir su conversión, ¡ah! esperad que Dios los vuelva á poner

en pié, les restituya la sanidad y las fuerzas; entonces los veréis igualmente atrevidos, furiosos, obstinados, disolutos, libertinos é igualmente impíos, y acaso mas aun de lo que al principio lo fueron. ¡Ah! importa mucho no abandonarse á una pasión, pues es tan difícil abandonarlos después.

Segundo. *Prescribe límites á su furor para que se cumplan sus promesas.* “Respondió Jesús: os he dicho que yo soy, pues si me buscáis á mí, dejad que estos se vayan...” Con estas palabras se abandonaba Jesús á su discreción; pero abandonándose á sí mismo les prohibía hacer insulto alguno á sus discípulos. En este punto fué Jesús obedecido y de este modo cumplía la promesa que había hecho á sus apóstoles: por lo que hace á mí, esta prohibición á los soldados, “para que se cumpliera la palabra que había dicho: de los que me has entregado á mí, ninguno me perdido.” ¡Ah! ¡qué ternura en el Señor á quien nosotros servimos! En el acto mismo en que por nosotros se entrega en las manos de sus enemigos, piensa en protegernos y en conservarnos. ¡Qué grandeza, qué poder! Por mas que sean al sumo furiosos los enemigos de su nombre, sabe encadenar su furor y nada pueden contra nosotros sin su permiso. ¡Oh y cuán fiel es en sus promesas! ¡oh y cuán dulce cosa es poner en él toda nuestra confianza! Cuando parece que se olvida de sí mismo, no se olvida de nosotros; nos defendiendo, nos guía, nos sostiene y nos librará un día para siempre de los enemigos de nuestra salud; basta que nosotros le seamos siempre fieles.

Tercero. *Solo á su ceguera no fueron prescritos límites, y en esto se verifican las amenazas que Jesús les ha hecho.* “No es por cierto una cosa incomprensible que estos hombres tendidos como muertos por tierra, de un golpe se levanten tranquilamente y persistan en su primer empeño, sin hacer reflexión alguna sobre un suceso tan extraordinario y tan imprevisto? Creerán ellos todavía poder hacer violencia al que con sola una palabra los ha echado todos á tierra? ¿Lo creerán sujetado con sus esfuerzos, vencido con sus armas, impotente entre sus manos y esclavo de sus cadenas? He aquí cumplidas las palabras de Jesús: *“Moriréis en vuestro pecado...”* Dios no nos ha prometido prodigios de gracia para sacarnos fuera de una ceguera en que libremente nos hemos obstinado. Es necio el pecador que hace cuenta sobre las gracias que recibirá mientras resiste á la fuerza de las gracias que recibe. Blasfema el miserable impunito á Dios y á la falta de sus socorros su impunita final, que debe imputar únicamente á su obstinación en resistir á los socorros que Dios le ha presentado. Jesús es igualmente

1 San Juan, cap. XVII, v. 18. Meditación CXXCIX.
2 San Juan, cap. VIII, v. 21. Meditación CXXXIX.

verdadero en sus amenazas que lo es en sus promesas, terrible en las unas, amable en las otras: las unas y las otras nos las hace para llevarnos á sí y ganar nuestro amor.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios poderoso! yo os temeré; ¡oh Dios caritativo! yo os amaré. Veime aquí aquí á vuestros piés, ¡oh Jesús! y aquí me estaré continuamente para implorar vuestra misericordia; de ellos no me levantará la presunción ni la obstinación, sino la confianza. Nada puede todo el furor de los hombres y de los demonios contra los que vuestro Padre os ha dado: *Dejad que estos se vayan, les decía vos, y esta palabra basta para poneros en seguridad.* Seáis bendito, ¡oh Dios mío! por la poderosa protección que nos concedéis. No la retireis jamás, particularmente de mí. No permitas que yo abuse de ella ó que la resista. Amen.

MEDITACION CCCIX.

ARDOR DE SAN PEDRO POR LA DEFENSA DE SU MAESTRO.

San Mat., c. XXVI, v. 50, 54.—
San Lúca, c. XXII, v. 49, 51.—
San Márc, c. XIV, v. 46, 47.—
San Juan, c. XVIII, v. 10, 11.

Primero, cuatro circunstancias de la acción de san Pedro; segundo, cuatro palabras que Jesús endereza á san Pedro.

PUNTO I.

CUATRO CIRCUNSTANCIAS DE LA ACCION DE SAN PEDRO.

Primero. *Los apóstoles consultan al Salvador.* “Entonces se acercaron...” Habiendo respondido Jesús á sus enemigos por la segunda vez que él era el que buscaban, se acercaron y se pusieron en disposición de arrestarlo.... Lo que se lee en san Mateo y en san Márcos, “que pusieron encima á Jesús las manos y lo tuvieron estrechamente...” se dijo por anticipación y se refiere á lo que dicen mas abajo san Lúca y san Juan: “Y los que estaban al rededor de Jesús (los apóstoles), viendo lo que iba á suceder, le dijeron: Señor, horimos con la espada?...” No podemos dejar de admirar aquí el amor y afecto de los apóstoles para con su Maestro, su atención á cuanto ven hacer á sus enemigos, su valor que los mantiene junto á él, su confianza

en su poder, que no les dejaba duda alguna de que solo con dos espadas podrían defenderlo contra aquella multitud de personas armadas, y finalmente, su docilidad, que los mueve á consultarle y esperar que diga sola una palabra para comenzar ellos mismos el combate. Es verdad que se engañaban, porque no habían comprendido las palabras que Jesús les había dicho; pero este era un engaño bien excusable del que el Salvador mismo no había querido sacarlos y que sirve aquí para nuestra instrucción. Evitemos, pues, su error é imitemos sus virtudes.

Segundo. *Pedro hiera á Malco.* “Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús... Simon Pedro, que tenía la espada, la desenvainó é hirió un criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco...” Este Malco, criado del gran sacerdote Caifás, queriendo sin duda hacerse una gloria y un mérito para con su señor, se adelantó a poner el primero la mano sobre Jesucristo; pero Simon Pedro, que tenía una de las dos espadas, la tiró fuera de la vaina, y sin esperar la respuesta del Salvador, le dio un golpe al temerario con que le cortó la oreja derecha. Aquí se nos representa la cabeza de los apóstoles, el mas aficionado á su Maestro, el mas ardiente en defenderlo y el primero á exponerse por él.

Tercero. *Jesús contiene este principio de tumulto.* “Pero Jesús tomando la palabra, dijo: basta eso...” Deteneos, no paseis mas adelante. ¿Había aquí Jesús á sus discípulos ó á los soldados? A sus discípulos sin duda, y con todo eso, los soldados no se muestran menos dóciles que los mismos discípulos. Este primer golpe debiera naturalmente ser vengado con mil golpes, y muy presto el estrago hubiera sido horrible; pero una sola palabra lo suspende todo, y de la una parte y de la otra ya no se da ningún paso. ¿Quién es el que habla así y se hace así obedecer? Esta era la pregunta que se hacía cuando Jesucristo calmaba los vientos y el mar; pero aquí el prodigio es aun mas sorprendente. Jesucristo había permitido este principio de combate por miras dignas de su sabiduría. Por una parte había querido dar á sus discípulos la ocasión de mostrarle su fidelidad y su amor, y por otra, tener ocasión él mismo de manifestar su poder y su dulzura é instruir á su Iglesia, hablando al que ya estaba destinado por cabeza... Jesús ejecuta todo esto con una autoridad que tiene á todos sus enemigos en respeto y los obliga á ser testigos pacíficos de cuanto se dispone á hacer y á decir. Obra milagros en su presencia con otra tanta dignidad, como en las llanuras de la Galilea instruye á sus discípulos con otra tanta tranquilidad como en el cenáculo; les habla con tanta libertad con cuanto lo hacía en el templo, cuando parecía que fuese sostenido de todo el favor del pueblo. Quizás Jesús no comparó jamás mas grande que en el huerto de las

Olivas, que en aquel lugar en que ha querido ser atado y encadenado por nosotros.... Señor, todo os obedece. ¿Yo solamente os seré rebelde? Cuando en los primeros movimientos de cólera, de odio, de venganza ó de cualquiera otra pasión que sea, me decís vos en el fondo del corazón estas divinas palabras: “*Basta eso....*” ¿seré yo tan grosero que desprecie vuestra voz y que quebrante vuestro precepto?

Cuarto. *Jesús sana á Malco.* “Y tocada su oreja, lo sanó...” El que se había adelantado para poner las manos sobre Jesús, sufre que Jesús ponga sobre él las suyas. Quería poner las manos sobre Jesús para arrestarlo como un malhechor, y Jesús pone las manos sobre él como su bienhechor y como Salvador para sanarlo. ¿Qué bondad! ¡qué dulzura! ¡qué caridad! ¡Malco que recibió este beneficio y sus cómplices que fueron de él testigos, se conmovieron ó se convirtieron? Se hubieran antes convertido unos bárbaros que estos impíos... Este prodigio nada tuvo para ellos de nuevo, nada de sorprendente. No ignoraban que Jesús hacía habitualmente milagros; pero había ya mucho tiempo que se habían obstinado contra esta prueba de su divinidad.... Todo lo que pudieron concluir de esto en su ceguera, fué que según el aviso del traidor Judas, era necesario usar con Jesucristo mayor precaución que con cualquier otra persona. Puede darse ceguera y extravagancia mayor? Habría dificultad en creerlo si los impíos de todos los siglos no nos hubieran dado ejemplo de ello. Pero nosotros saquemos fruto del ejemplo que aquí nos da nuestro Maestro, y aprendamos de él á hacer bien á los que solo procuran hacernos mal.

PUNTO II.

CUATRO PALABRAS DE JESUCRISTO ENDEREZADAS Á SAN PEDRO.

Primero. *Primera palabra.* “Entonces Jesús le dijo: vuelve tu espada á su lugar, porque todos aquellos que pondrán mano á la espada, con espada perecerán.” Es esta una de aquellas sentencias que están bastante verificadas, sucediendo frecuentemente lo que expresan. Ninguna cosa hay mas común que el ver que los que se sirven de la espada perecen con la espada. El Salvador enseña aquí una manera de defensa solo digna de él, de sus discípulos y de su Iglesia. La espada es una arma equívoca, esto es, puede servir á la injusticia y á la justicia: á la injusticia de un injusto agresor, y á la inocencia de un inocente asaltado. Muchas veces aun por este camino, el culpado triunfa del inocente, porque la empuja con mayor furor y con menos precaución, y muchas veces aun con ma-